

Paraíso». El hijo del otro bandido, del que no creyó en Jesús ni ayudó a la Virgen María, es el que, con el nombre de Gestas, cayó desde la cruz al profundo infierno.

Pero en España circularon poco los evangelios apócrifos, o al menos se encuentran escasas huellas de tales relatos, salvo si son, como el anterior, importados de otros pueblos. Aquí el relato canónico perdura y da lugar a composiciones dramáticas, siguiendo el mismo camino que llevan los primitivos misterios en Europa. El teatro religioso nace íntimamente ligado a las ceremonias del culto católico. Los oficios primitivos llegaron a formar, dentro del relato evangélico, dos ciclos de ceremonias litúrgicas: el de Navidad, que comprendía el drama de la adoración de los pastores, el de Raquel o los Santos Inocentes y la Adoración de los Reyes Magos, y el de Pascua, integrado por el drama de la Resurrección, y el de los viajeros o de los discípulos de Emaús.

Precisamente la pieza más antigua conservada escrita de nuestra dramática medieval es el *Auto de los Reyes Magos*, conservado en la catedral de Toledo, donde la descubriera, en 1785, don Felipe Fernández Vallejo, entonces canónigo de allí y después arzobispo de Santiago de Compostela (1798-1800). Aquel venerable manuscrito para hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Esta obra dramática, la única muestra de lo que fué nuestro teatro medieval, está incompleto y sólo tenemos 147 versos, distribuidos en cinco escenas, menos, acaso, de la mitad de la obra, pero más de lo suficiente para juzgar con conocimiento de causa a aquel arte rudimentario y sencillo, muy sobrio todavía en recursos escénicos, pero en el que la acción es rápida, el diálogo suelto, con sus atisbos de crítica, sus toques realistas; la versificación, un tanto tosca, es muy irregular y variada, predominando los versos de seis, ocho y doce sílabas.

El asunto tiene escasos elementos extraídos del relato evangélico y se corta cuando Herodes dis-

cute con los rabinos el sentido de las Escrituras acerca del Mesías.

La fecha es muy insegura, aunque hay que referirla a fines del siglo XII o principios del XIII. Se ha querido hacer argumento en el hecho de figurar aquí los Reyes con sus nombres propios de Gaspar, Melchor y Baltasar, puesto que algunos eruditos afirman haberseles dado estos nombres en época posterior al supuesto descubrimiento de sus restos en Milán, el año 1158, y que se divulgaron después de la interpolación de un personaje apócrifo en la *Historia Scholastica*, de Pedro Comestor († 1171). Pero los nombres se ven ya en el *Poema del Cid*, en la plegaria que doña Jimena hace a Dios cuando despide al héroe:

*Ya Señor glorioso, padre que en el cielo estás,
Fecist cielo e tierra, el tercero el mar...*

*Pastores te glorificaron, ovieron de alaudare,
Tres Reyes de Arabia te viniéron adorar,
Melchior e Gaspar e Baltasar, oro e tus e mirra
Te offrecieron como jué tu voluntad...*

Y todavía con más antigüedad se hallan los nombres también, algo modificados, en la crónica llamada *Excerpta Barbari*, que el gran historiador alemán Mommsen la atribuye al siglo VI y que Jacobi la retrasa hasta el siglo IV.

* * *

El tema de los Reyes Magos continuó siendo grato a los escritores medievales, y de ello tenemos muestras en las églogas de Juan de la Encina y en las farsas de Lucas Fernández. Y los villancicos populares y popularizados están diciendo a las claras la profusión que el tema tuvo en la vida española de todos los siglos. En la poesía para el pueblo fiel, tan del gusto de algunos escritores, y hasta en la poesía conceptista, de los poetas «a lo divino», se repite incesante el tema. Dejando a un lado las bellas com-